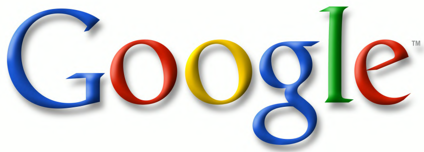
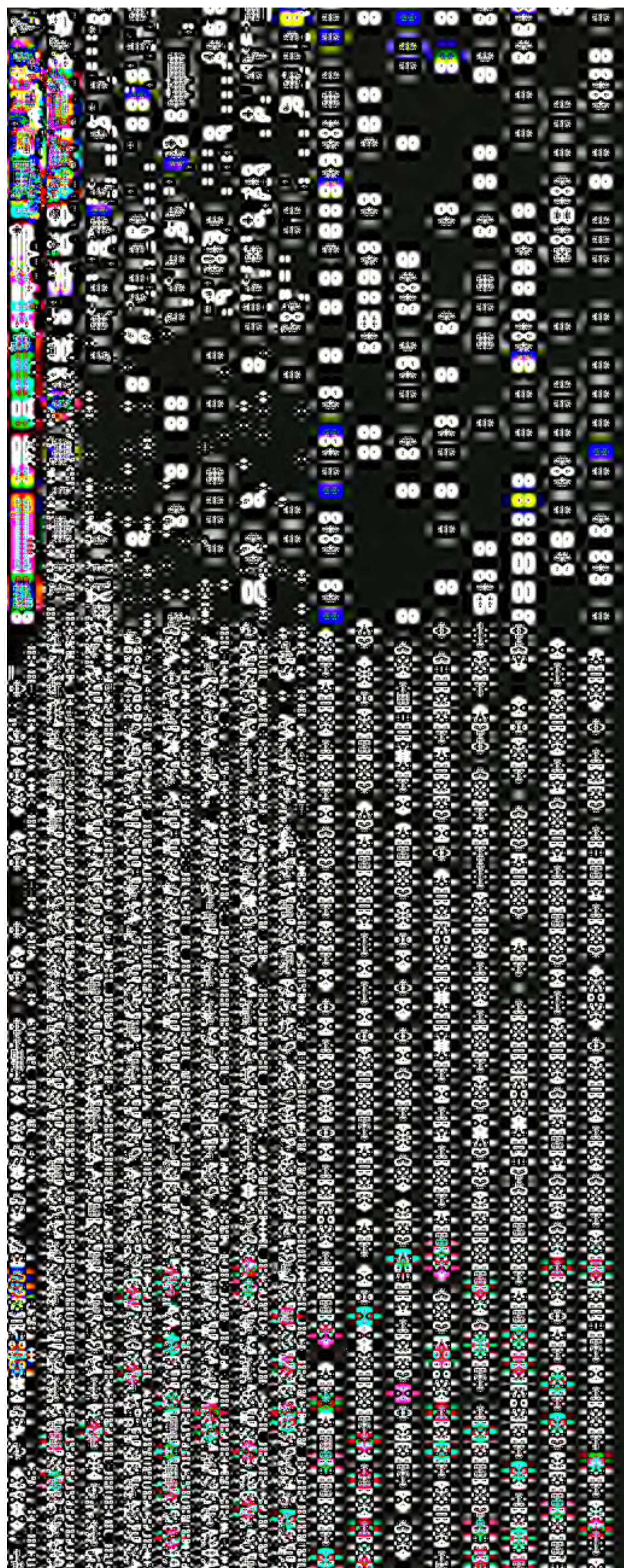
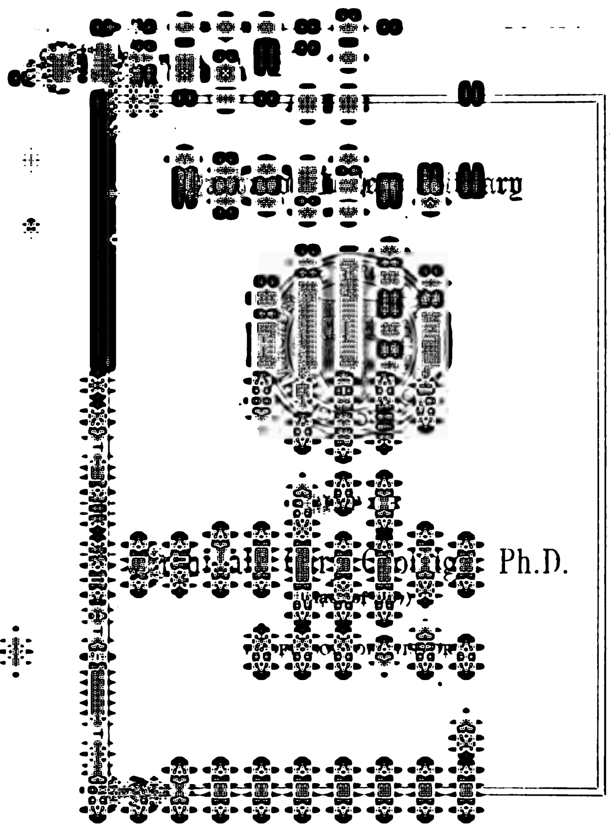





Ph.D.



Juan D'Sola

LA PARROQUIA

JUAN D'SOLA

La Parroquia

(NOVELA)

TRES BOLIVARES

HABANA
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1906

Para el poeta Max Guevara con todo el afecto de El Autor.



I

LA MISA

Las campanas y los cohetes llenaban de rumores la fría madrugada de diciembre.

En el templo de San José se celebraban á toda pompa las misas de aguinaldo, que fueron rumbosas ese año, gracias á la magnanimidad y celo de los capitanes, que se emulaban para hacerlas perdurar como modelo de misas de pascua.

En el coro de la iglesia había toda suerte de criollos instrumentos: furrucos, cuatros, pitos y panderetas llenas de cascabeles de cobre. La música del coro y

la parvada de granujas que cantaban los aguinaldos al niño, hacían llenar de fieles las naves y los alrededores del templo. En las aceras, muy cerca de la iglesia, habían mesas alumbradas por candiles, donde mujeres del pueblo vendían café, tostadas y vasitos de aguardiente. El grito de aquel comercio bohemio también contribuía á agigantar los ruidos que sembraban en los aires el estruendo de los cohetes y la música de las campanas.

Después de la misa, aquella muchedumbre se dispersaba por calles distintas: hacia el norte, hacia el sur, para todos los extremos de la ciudad, que á esa hora todavía dormía su sueño pesado y apacible de provincia lánguida.

De aquella muchedumbre, algunos rezagados quedábanse charlando en las esquinas cerca de la iglesia: el tema era siempre la política, los chismes del barrio ó el último suceso.

En un grupo formado por varios jóvenes del barrio, estaban Luis Romero y Carlos Soto, dos muchachos poetas, ama-

dores é imitadores de los simbolistas y de los decadentes franceses.

Luis Romero, de veintidós años, era un muchacho melenudo, de baja estatura, con una larga nariz semita que era el blanco para todos los epigramas de sus camaradas. Con su andar de mujer coqueta y sus amaneramientos postizos, era el ideal de las muchachas bonitas y meditabundas que leían novelas y versos á toda hora, para pasar el tiempo y matar el aburrimiento de la ciudad, siempre en calma.

Carlos Soto, era alto y delgado, nervioso y siempre inquieto, con sus grandes ojos azules, herencia de sus abuelos tudescos. Soto era locuaz y gran partidario de las extravagancias en los trajes y en las literaturas. Usaba corbatas fantásticas y escribía rimas y prosas de una rareza exótica que lo hacían incomprensible y hermético.

El tema de sus conversaciones esa madrugada era la llegada á la ciudad de Pablo García, el más joven de los litera-

tos de fama, quien regresaba de un viaje que había hecho á las Antillas, á Méjico y últimamente á Europa, de donde había enviado bellas páginas de arte, que admiraban y envidiaban sus camaradas de generación.

—¿Y ahora qué pensará García?, decía en tono confidencial á sus amigos Carlos Soto.

—Difícil le será conseguir otro consulado, contestó Luis Romero, que había llamado en una revista literaria maestro á Pablo García, pero que en el fondo lo envidiaba con toda la vehemencia de su corazón tropical.

...Y el nombre de García fué repetido muchas veces, ya para injuriarle, para darle bombo ó para negarle de un modo definitivo todas sus victorias de hombre de letras.

Agotado el tema de García, la conversación decayó de tal manera, que Romero y Soto se despidieron de la tertulia y se marcharon juntos.

A esa hora empezaban á morir las pe-

numbras; el sol como una bola de sangre aparecía espléndido detrás del cerro del Morro.

Valencia envuelta en luz púrpura tenía aspecto fantástico de ciudad antigua.

Por la avenida Navas Spínola se dirigieron hacia la «Caja de Agua» Romero y Soto; daban ese paseo matinal tan del gusto de los valencianos, que asisten á las misas de la pascua, como á un espectáculo cualquiera ajeno á creencias y misticismos y por pura tradición.

Por la avenida uno que otro burro retrasado,—triste bajo el mandador del arriero blasfemo,—caminaba apresurado hacia el mercado, llevando sobre su lomo la carga excesiva.

De uno de los sacos mal cerrados, se escapaba un olor á legumbres frescas, que iba dejando una huella de perfumes, cual un incensario rústico que agitara una mano tosca é invisible.



II

PABLO GARCIA

En camoruco viejo, en una casa de aspecto moderno, estilo chalet mal imitado, con jardín al frente, vivía Pablo García, recién llegado á su ciudad natal, de la cual había estado ausente dos largos años llenos de mil aventuras.

Había estado en algunas ciudades de América, permaneciendo también algunos meses en París deslumbrado y conquistado por la Babilonia latina, la cual abandonó lleno de tristezas, porque aquella era su patria ideal, según decía en sus

crónicas literarias publicadas en los periódicos ilustrados de Caracas.

París era la tierra prometida donde el literato americano hallaba su ambiente familiar y fecundo que le hacía ágil y fuerte para la victoria suprema.

Sin París era imposible la cultura estética y nulo todo esfuerzo que se hiciera para alcanzar nombre glorioso en el mundo de las letras. París, algo así como Canaán, era el premio de los elegidos que rompían las fronteras de la mediocridad para elevarse en las alturas con vuelo potente de águilas caudales.

Pablo García era una gran voluntad puesta al servicio de las letras; enfermo de literatura y lleno de ideales irrealizables, era un bello talento que luchaba por mil cosas distintas sin amar ninguna.

Lleno de conocimientos desordenados, era un ilustre sin disciplina, que sabía cosas innecesarias sin equilibrio científico y sin base determinada.

Amador de la literatura francesa como todos los de su generación, sólo vivía

mentalmente en Francia y para Francia.

Desconocía casi por completo la historia literaria de su lengua, y sólo lo que Francia amaba eran para él afectos é ídolos.

Su prosa llena de descuidos y de imágenes caprichosas, delataba ese amor del venezolano inconforme con su medio, que elige siempre, para sus temas y creaciones, cosas lejanas y exóticas.

Sus cuentos tenían por escenario el bulevar ó un barrio de París, porque el ambiente patrio con sus feas democracias, con sus multitudes harapientas é ignaras, no eran sino cosas vulgares, indignas de figurar en las páginas de arte puro, que era su bello dogma de batalla.

Durante el tiempo en que Pablo García desempeñó un consulado en Holanda, notaron sus lectores y amigos que aquel gran amor fanático por el París bandera de su causa, se apagaba ó se alejaba de su prosa como un camarada que se va olvidando lentamente.

Pero su última temporada en París

había vuelto á despertar la legión de palomas de sus prosas sonoras, que volaron de nuevo á posarse en las márgenes del Sena.

En sus crónicas últimas, enviadas de Francia, se notaba esa veneración y deslumbramiento por las cosas de París, y cierta agresión sarcástica para las pobres cosas de la tierruca, buenas para cuentos de comadres, pero jamás tema noble para asuntos de arte.

Pablo García era un verdadero tipo de su raza. Huérfano desde niño, quedó al cuidado de sus tías, dos sanas señoras gordas y melancólicas que, fracasadas en el amor, consagraron todo el fuego de sus corazones virginales al cuidado de aquel sobrino soberbio y triste que les había hecho sufrir y gozar.

Pablo era el ídolo único de aquellas tías angélicas, cándidas y crédulas que no habían conocido otros besos que los que el sobrino despótico había sembrado en sus mejillas carnosas, de mal humor y por puro cumplimiento.

Pablo era alto, delgado y pálido, sus ojos de un color indefinido llenos de una misteriosa tristeza, ojos casi amarillos de felino; tenía melena rubia abundante y siempre en desorden: era así el catire García, como familiarmente le llamaban sus compañeros.

De regreso en su casa de todos los tiempos, se había instalado en su cuarto de siempre, que tenía una ventana baja que daba al jardín.

Aquella habitación estaba llena de libros y cosas raras, parabanes japoneses, láminas y retratos de literatos y próceres de la independencia nacional.

Sobre el escritorio, un pequeño busto blanquísimo, representaba á un anciano de risa enferma, que bien podía ser Voltaire ó el papa León XIII, por una semejanza extraña.

Pablo dormía hasta horas avanzadas de la mañana; por eso aquel día, con disgusto, casi á las ocho se estaba levantando, pues la tía Julia le había llamado temprano por haber visita.

—Pablo, levántate que ahí están los muchachos que vienen á saludarte.

—¿Quiénes?, preguntó Pablo de mal modo.

—Luis Romero y Carlos Soto, respondió la tía Julia cerrando la puerta del cuarto del literato dormilón.



III

LA TERTULIA

En el corredor de la casa de Pablo, charlaban fraternalmente Soto y Luis Romero de mil cosas distintas.

En el patio interior de la casa, algunos rosales crecían y daban flores, gracias á los cuidados y al constante riego de las tías, laboriosas y enamoradas de su jardín.

Habían claveles, malabares, heliotropos, geranios y dalias sangrientas; colgantes del techo como péndulos que hiciera el viento poner en movimiento, en

porrones de lata, crecían albahacas y otras plantas que daban perfumes y flores diminutas.

En cajones llenos de tierra negra, abonada y preparada para la fecundidad, habían plantas delicadas que daban flores extrañas que apreciaban mucho las tías jardineras.

Era un jardín especial, que en todas las casas de Valencia cultivan y aman. Jardín familiar, donde hay de todo un poco: rosales que crecen dentro de cajones llenos de tierra; claveles en tiestos; geranios en porrones de lata, y algún tulipán largo y rojo llamado moco de pavo, mostrando sus flores tristes como lágrimas de sangre.

De aquel jardín familiar se escapaba un olor de rosas y albahacas que embalsamaba en las mañanas frías de diciembre toda la casa de Pablo García.

Aquella mañana, de tertulia en el corredor junto al jardín, sus amigos y él hablaban alegremente de cosas lejanas y exóticas, muy cerca de las blancas rosas

criollas que contribuían con su ración de bálsamo á entusiasmar sus discusiones.

Aquellos muchachos soñadores y en el fondo buenas almas, se envidiaban leal y mutuamente.

...A espaldas unos de los otros se decían horrores y se inventaban leyendas innobles para desprestigiar al compañero ó ponerlo en ridículo; pero aquella bella mañana de diciembre estaban reunidos de buena fe; Romero y Carlos Soto oían disertar á Pablo, lo admiraban y no sentían tristeza por su elocuencia ni por sus altos vuelos mentales en sus disertaciones de arte.

Hermanados por un mismo culto, con idénticos ideales y exactas creencias, escuchaban á aquel compañero victorioso que regresaba de la Grecia contemporánea, y que hablaba de las bellas y nobles cosas de París, la única Atenas posible para todos los grandes artistas de todos los pueblos del planeta.

París en los labios de Pablo, era un camafeo maravilloso de cien piedras má-

gicas, iluminado por un ramillete de colores de ensueño.

—Hay que decirlo sin miedo y sin contemplaciones: los que escribimos en lengua española, escribimos en una lengua muerta,—decía Pablo lleno de tristeza;—lo inmortal es lo que se escribe en lengua francesa, que es la lengua universal y donde están forjados los más altos poemas, llamados á vivir en los siglos.

Toda nuestra América era una inmensa Tebaida estéril é ingrata para con las cosas del arte puro.

Fuera de la selecta aristocracia artística, nada era aprovechable ni digno para asuntos y concepciones literarias. ¡Arte nacional!, pura mentira, patriotería de cuatro ignorantes costumbristas, sin riqueza mental y sin belleza adorable en sus pobres fetos líricos.

Ni en Venezuela, ni en Colombia, ni en la Argentina habían escenarios propicios para los verdaderos artistas.

Había que emigrar de América para poder salvar incólume la propia persona-

lidad. Vegetar en nuestros ambientes palúdicos, era morir lentamente en una agonía interminable.

Pensaba Pablo en su novela y de ella hablaba con entusiasmo;—era una novela ideológica para almas exquisitas y no para las multitudes que nada saben del arte excelso.

La novela sería la definitiva victoria de su talento. Nada de temas románticos ni de narraciones fantásticas: verdadera obra realista y nada más.

También tenía en mientes una novela de costumbres antiguas, bellas narraciones de la madre Grecia, estados de alma de los artistas helénicos; novela en la cual describiría al pueblo pagano de Atenas, ofrendando blancas palomas y velos azules á los pies de la Afrodita inmortal, hecha de un solo bloque del Pentélico.

Había que remontarse á las épocas pasadas del viejo mundo griego, que era la verdadera patria del arte.

Esa Grecia ideal, reconstruída con mil bellezas dispersas y fantásticas, Grecia

errabunda, llena de magias y hechizos; fué amplio tema para las disertaciones literarias de aquellos tres compañeros hermanados por una misma doctrina.

En la patria propia no había nada aprovechable: todo era vulgar, tosco y repugnante, guerra de liberales y godos, costumbres de los indios, joropos y mil vulgaridades más, que no podían jamás ser asunto para las nobles letras.

—Verdaderamente,—decía Carlos Soto,—la novela nacional será siempre un fracaso y fracasados los que ya han intentado ó intentasen pintar nuestras costumbres y tipos criollos, la vulgaridad jamás será llevada á las páginas de los libros triunfales, y vulgaridad son todas las cosas de nuestros medios paupérrimos y cursis.

—Bien, ¿y tu novela cuándo aparecerá?,—preguntó Luis Romero,—ya es tiempo de que escribas un libro, ó bien una colección de tus artículos publicados.

—Necesariamente,—dijo Soto,—ya tus enemigos pregonan que tienes casi trein-

ta años y no has publicado ni siquiera un libro...

El sol invadía con sus oleadas de fuego el patio del jardín; el reloj de pared había dado las diez y con los ruidos de la calle se iba apagando el golpe monocorde de la gota de agua del tinajero, que caía pausadamente como una nota siempre igual.



IV

DIAZ CAMACHO

Manuel Díaz Camacho, era un estudiante de medicina que había nacido en Guanare, pero que vivía en Valencia desde muy niño, donde á los diez y siete años emprendió sus estudios en la universidad de Carabobo.

Natural de un pueblo de las pampas, había heredado ese amor del llanero por las cosas de su tierra; era un patriota entusiasta que defendía las cosas criollas y luchaba por ideales nacionales.

En sus antepasados había tenido un

abuelo rebelde y soñador, que sirvió bajo las inmediatas órdenes del Libertador y que vió la victoria de Ayacucho al frente de sus soldados, que eran de los bravos de Colombia, según frase de Bolívar.

Díaz Camacho tenía veinticuatro años, y próximo á su doctorado, fundó en Valencia un semanario donde publicaban él y otros compañeros de aulas, artículos científicos y literarios.

En las columnas de *El Estudiante*—así se llamaba el semanario de Díaz Camacho—había sido criticado un artículo de Pablo García y también algunos de Romero y Soto.

Aquel llanero ignorante y tosco, defendía el criollismo y abogaba por una literatura nacional en la cual debían colaborar todos los ingenios criollos.

Para Carlos Soto, para Luis Romero y para todos los demás escritores jóvenes de ideas modernas, Díaz Camacho era un majadero, un patriotero ridículo de cerebro diminuto que no veía más allá de sus narices.

A la llegada á Valencia de Pablo García, *El Estudiante* había publicado un suelto de crónica donde saludaban y felicitaban al joven pensador por su regreso á la provincia.

Era una crónica ingenua, donde no le negaban su talento ni tampoco sus triunfos; pero Luis Romero decía que aquel suelto tenía ironías y estaba lleno de envidias y de malas intenciones. ¡Qué distinto el suelto editorial de *La Revista Gris!* Ahí se saludaba á Pablo García y se le hacía justicia, llamándosele el escritor más glorioso de la última generación intelectual.

Díaz Camacho era un luchador. Pobre y sin ayudas ni protecciones, se había levantado por sus propios esfuerzos; sin ser literato profesional poseía una prosa sobria y llena de novedad, de la cual se aprovechaba para sus artículos sobre botánica, que era su ideal y su caballo de batalla.

Estudiaba la flora venezolana y era un higienista terrible; amador de su terruño se ocupaba de etnología y había escrito

un folleto donde hablaba de las costumbres de los caribes y de los muíscas.

En las páginas de su semanario defendía sus cultos de ciencia y hablaba de un próximo florecimiento del alma nacional.

La patria era defectuosa porque era nueva; la misión del hombre superior era laborar por el propio terruño con amor y fe.

Había que amar la tierra nativa, luchar por ella y no irse detrás de quimeras y símbolos extranjeros, porque eso era obra completamente estéril.

Recién llegado Pablo García á Valencia, *El Estudiante* publicó un artículo titulado *Los Desarraigados*, donde los amigos de García descubrieron alusiones personales y críticas procaces para muchos de ellos.

Los Desarraigados era un trabajo que Díaz Camacho llamaba apostólico, donde relataba la odisea triste de la juventud intelectual que abandonaban su patria ó su provincia para ir á ser extranjeros á otros lugares; los comparaba con los ár-

boles exóticos que, trasplantados de su tierra nativa para vivir la vida de los invernaderos, sólo daban flores exangües y enfermizas.

El ideal de Díaz Camacho era el hombre fuerte, poderoso y hábil en sus propios dominios, en constante comunión con los suyos, dando frutos sanos y llenos de savia criolla.

El que abandonaba su medio ambiente para irse á otras regiones era un desarraigado que sería siempre un vencido donde plantase su tienda.

Si la patria era mala, debía lucharse por mejorarla; si el ambiente era pobre debía lucharse por enriquecerlo. Luchar debía ser la más alta divisa para la juventud pensadora; pero lucha en la misma tierra nativa y por el bien de la tierra nativa.

Con voluntad y amor todo era posible; la victoria era siempre de los creyentes y de los luchadores.

Las doctrinas del joven patriota de *El Estudiante* lo separaban del grupo selecto

de los intelectuales; por las ideas que defendía, casi nunca asistía á las tertulias literarias de la Plaza Bolívar, y solo, y en actitud contemplativa, se le veía siempre bajo el ramaje de un cotopriz frondoso, que fingía en las noches de luna una gran sombrilla de esmeralda.



V

NOCHE BUENA

El veinticuatro de diciembre se notaba en Valencia un ingenuo júbilo popular y una animación espontánea que llenaba de alegres rumores de fiesta la ciudad monótona y silenciosa, que esa noche se vengaba de su quietud de un largo año apacible.

Esa noche alegre de pascua, la luna radiosa y siempre nueva, bañaba de un amarillo oro la cabellera de los chaguaramos y los techos de los largos caserones antiguos, donde los gatos eróticos celebraban

sus misas paganas bajo un purísimo cielo de violeta.

Bella noche de diciembre, bien amada del pueblo por sus músicas, sus entusiasmos y sus leyendas cándidas.

Esa noche se celebraría en las iglesias de la ciudad la misa de gallo, concurridas y alegres como una fiesta profana. Allí se reunían todas las clases sociales: la niña bonita y caprichosa de la parroquia, y la campesina trajeada de fiesta, luciendo sus grandes pendientes en las orejas mal lavadas y que venía de La Loma ó del Paíto por el solo placer de asistir á aquella misa célebre todos los años.

Los campesinos y sus compañeras luciendo sus grandes enaguas aplanchadas y escandalosas, hacían una romería especial por asistir á la misa de la noche buena; unas venían de muy lejos, del Trompillo, del Cucharo, de Guataparo Arriba; otras venían por puro placer hasta Valencia esa noche, de Tocuyito y de Barreras, alegres, con la sana alegría de sus vidas ingenuas.

Pablo García, en la puerta de la iglesia de Candelaria, muy cerca de la escalera de ladrillos de la entrada, miraba el extraño desfile de campesinas y mujeres del pueblo, que iban entrando al templo apresuradamente.

Qué distintas aquellas multitudes que olían á patchulí y á tierra fresca, á aquellas otras que había visto en el viejo mundo, donde no se estilaban esas fiestas campechanas y antiguas que estaban delatando nuestra ignorancia de pueblo primitivo y tosco.

Muchas de aquellas mujeres humildes conocían á Pablo, y algunas le saludaron.

—Guá!, niño Pablo, ¿cuándo llegó?—díjole una viejecita temblona que se detuvo á darle su mano callosa de donde pendía un rosario de grandes cuentas negras.

Pablo pensó en su infancia. Aquella vieja le hizo pensar en su madre muerta cuando aún tenía ocho años; aquella vieja era Pascuala, casi de su casa en otros tiempos, y que muchas veces había salido

al cuidado de ella para los caballitos ó las maromas del Palotal.

Pablo estaba en la Candelaria esperando á Luis Romero, pues tenían allí una cita para ir juntos á comer las hallacas en casa de las Gómez, parientes lejanas de Carlos Soto.

Las Gómez era una familia que vivía en aquella misma parroquia: tres niñas muy simpáticas y muy pretensiosas, que querían casarse lo más pronto posible, como decía su pariente Soto.

Laura, Beatriz y Helena, eran los nombres de aquellas beldades; se llamaban así porque su padre había sido en su juventud medio poeta y medio letrado, y de aquel antiguo culto sólo le quedaba el nombre de sus hijas.

El señor Gómez y su esposa eran dos sanos seres, calmosos y pensadores, que meditaban en silencio el casorio de aquellas tres musas, y las cenas de noche buena eran una bella manera de ir laborando en la obra.

García, Romero y Soto habían sido in-

vitados. Díaz Camacho iría también, pues era semi-novio de Laura, una trigueña encantadora que no había podido nunca retener si era ella ó Beatriz, la musa amada del Dante; esta falta de memoria en la niña desesperaban al sabio señor Gómez.

Pablo, cansado de estar en la puerta de la iglesia, resolvió dar unas vueltas por la plaza para esperar á Romero. Bajo la bóveda musical de los chaguaramos cantores, Pablo empezó su paseo, viendo de cuando en cuando á la luna amarilla peregrinando en su cielo azul impecable sin manchas de la más ligera nube.

Aquella celeste viajera de todos los siglos, llenaba de honda tristeza su corazón de hombre enfermizo, asaltado siempre por inexplicables melancolías.

De todas partes se levantaban rumores y músicas; era noche aquella llena de gritos y notas de guitarras lejanas.

Una estrella roja de papel apareció en la esquina, suspensa de una larga caña, detrás faroles amarillos y una bandera seguida de un grupo de hombres del pue-

blo cantando coplas, entusiasmados y dispuestos.

Era la alegre parranda que pedía aguinaldos, acompañándose de la música de los cuatros, del bajo profundo de los furrucos y de la risa de los cascabeles.

Qué felices pascuas,
feliz pasaremos,
guitarra y furruco
nosotros tenemos.

Detrás de aquella comparsa apareció Luis Romero, que venía apresurado.

—¡Caramba, chico, creí que ya no venías!—díjole Pablo, y se marcharon hacia la casa de las Gómez, mientras la parranda bullanguera llenaba de gritos la plaza.



VI

LA CENA

El zaguán de la casa de las Gómez estaba profusamente iluminado.

La gran lámpara del corredor daba una luz poderosa que mataba las sombras de los rincones y del gran patio embaldosado con grandes ladrillos rojos.

La casa estaba de fiesta; de lejos, las tres ventanas abiertas é iluminadas, fingían una casa que se incendia.

La llegada de Romero y Pablo fué celebrada por exclamaciones y efusiones de entusiasmo.

Helena, que era la más locuaz, felicitaba á Romero por su último artículo publicado en *La Revista Gris.*

Beatriz encontraba á Pablo más delgado, y le hacía mil preguntas: quería conocer sus impresiones de viajero y de artista.

Cuando Pablo y Luis llegaron, hacía algún tiempo que Díaz Camacho y Soto charlaban en la sala.

Díaz Camacho en una mecedora, cerca de su Laura, soñaba despierto en una felicidad eterna. Soto hablaba con la mamá, mientras el señor Gómez estaba en el interior de la casa dando órdenes y arreglando preparativos.

—No se estén imaginando que tenemos un banquete,—decía la señora de Gómez: —es una cena en familia: hallacas, dulce de lechoza hecho por Laura y otras cosas de poca importancia.

Las hallacas eran muy buenas, eso sí; eran hechas por ella, que en eso de prepararlas nadie la igualaba; sus hallacas tenían fama.

Pablo asistía á aquella cena con la secreta esperanza de ver á María Teresa, que era amiga de las Gómez. María Teresa era su ideal desde la escuela, desde que era muy niño.

Era un amor puro de su alma, que se conservaba en su corazón fresco y jugoso, como una flor inmortal.

Pablo aún no la había visto; tenía varios días en Valencia y él mismo no se explicaba por qué no había ido á su casa á saludarla y á gozar en su presencia.

Dos años sin verla, y él se la imaginaba siempre igual, triste y llena de miedo, tal cual la mañana lluviosa de agosto en que se despidió de ella para irse á Caracas.

De Caracas le había escrito una carta participándole su viaje á Méjico.

Aún recordaba su carta llena de mil súplicas, donde le rogaba que no se fuera, que ella quería verle de nuevo. Otra carta de él diciéndole que era imposible volver á Valencia, y después el silencio de dos años larguísimos llenos de emo-

ciones distintas y de un semi-olvido doloroso, en que pensaba en ella saturado su corazón de una melancolía cruel.

No había visitado á María Teresa porque se imaginaba mil cosas amargas: que lo había olvidado, que tenía otro novio, que ya no le quería como antes.

Con la esperanza secreta de verla en la casa de las Gómez, había asistido á aquella cena.

En la sala de las Gómez todo era risas y alegrías: se pensaba en una fiesta al campo el día de Reyes; irían todos á «Las Manzanas», á la casa de campo del señor Gómez: irían las Castillo, las Pérez y las Rodríguez.

—Las Pérez eran muy pretensiosas, decía Beatriz, pero no podían dejar de invitarlas porque se disgustarían las Castillo que eran sus grandes amigas.

—Vengan, que está todo preparado,— exclamó el señor Gómez en la puerta de la sala.

Y Laura del brazo de Díaz Camacho, Beatriz del brazo de Luis Romero, Hele-

na con Pablo, y Soto con la vieja, salieron de la sala para el comedor, donde estaba puesta la mesa.

Era una mesa redonda con un mantel blanquísimo, llena de platos y botellas de vino, con un jamón aplanchado en el centro, luciendo mil puntos negros como ojitos de insecto.

La comida empezó con una charla en alta voz, como una gallera en plena acción.

—Para usted esta fineza, dijo Helena pinchando con el tenedor una aceituna de su hallaca y presentándosela á Pablo, que estaba á su lado.

—Mira que Pablo es ajeno,—gritó Beatriz que se estaba fijando en todos los detalles de la cena.

Y entonces se habló de María Teresa. ¡La pobre! Pablo hacía mal en no darle aspecto formal á aquellos amores. Ella era demasiado sonsa; los hombres se daban el gusto de hacer sufrir á las mujeres que cometían la estupidez de amarlos.

Pablo oía aquellas alusiones lleno de una gran alegría; empezaba á saber las co-

sas de María Teresa: no le había olvidado, aún le amaba...

Helena dijo que no había asistido á su cena por estar un poco enferma; Pablo quiso saber qué tenía.

—¿Y usted no ha ido ni por allá?,—dijo Beatriz indignada.

Pablo no encontró palabras para defenderse y empezó á disimular.

En esta tertulia nada decía Laura; estaba como muy lejos de aquella mesa, en pleno éxtasis al lado de Díaz Camacho, que le decía mil ternezas.

Terminada la cena empezaron á despedirse los invitados. Pablo fué el primero en marcharse; Soto quiso acompañarle; aquel idiota de Díaz Camacho no quería ni verlo, siempre hablando de la patria y de mil necedades en que como un profeta chiflado anunciaba el renacimiento nacional.

Soto y Pablo estuvieron juntos algunos minutos, y Pablo se despidió apresuradamente de Soto, pretextando tener que recogerse lo más pronto por sentirse enfermo.

Pablo necesitaba estar solo. Quería pensar en ella, en la pobre que le amaba y que había tenido la crudeza de dudar de su amor.

Su alma se enriquecía con aquel recuerdo, que era el más puro é ingenuo de su vida.

El amor para María Teresa no era un amor literario, cargado de metáforas y de imágenes extravagantes. Nada de raro ni de exótico tenía aquella pasión por su novia de siempre, la cual amaba sana y humanamente como cualquier mortal profano en cosas del espíritu.

Pablo caminaba lentamente hacia su casa con el pecho inflamado por aquel amor de toda su vida.

Tenía que ir hasta Camoruco á pie; el tranvía ya no funcionaba, eran como las dos de la mañana.

Los alegres rumores de la noche buena se iban extinguiendo como una extraña melodía que se muriese de anemia ó de frío.

Al llegar á la Plaza Bolívar, la luna ca-

si se apagaba detrás del Guacamaya: sus últimos reflejos bañaban de luz amarilla la estatua de Bolívar, que en su alto monolito blanco parecía un fantasma señalando con su dedo de bronce el horizonte infinito...



VII

MARIA TERESA

En su casa era la reina, mimada y amada de su padre porque ella evocaba en su alma un amor que la muerte rompió en pleno idilio.

La madre de María Teresa había muerto pocas horas después de su venida al mundo.

Y aquella niña al principio enfermiza y débil, fué creciendo entre mimos y besos como un objeto precioso y triste.

Su padre, Don Eloy, era una alma pura, que á los cincuenta años no había perdido la bella candidez de la infancia.

Había amado con un amor infinito á su esposa que le había dejado aquella niña que se le parecía de un modo particular y único.

Don Eloy era un personaje y un carácter; en épocas de Guzmán figuró en altas jerarquías políticas. Era liberal y veneraba el nombre de Falcón como al de un santo. Falcón era el tema de todas sus conversaciones; el «magnánimo mariscal» era para él toda la gloria de la Federación.

Tolerante, piadoso con el vencido, lleno de una santa misericordia; Don Eloy veneraba la memoria de aquel muerto ilustre, quizás porque su alma tenía con la del mariscal una gran semejanza.

Don Eloy á nada decía que no; para su hija no era un padre sino un amigo dispuesto á complacerla en todos sus caprichos.

El único odio de Don Eloy era para los godos, sus enemigos. Unos enemigos fantásticos á quienes él siempre atacaba. Él tenía amigos muy queridos entre los

godos, pero sus amigos eran godos buenos; á quienes no podía ver era á los godos malos, á los impenitentes enemigos del gran Partido Liberal; á los que aún pensaban en el banquillo y en mil aparatos odiosos de los tiempos de la oligarquía.

Al lado de aquel hombre lleno de fe y de mansedumbre creció María Teresa, venerando á su padre y teniendo por él un culto casi religioso.

Misia Socorro, la que había criado á María Teresa, era otra santa señora que había vivido toda su vida al lado de Don Eloy.

Por su parecido con el jefe de la casa, la gente decía que era su hermana, pues el padre de Don Eloy había sido un viejo tenorio terrible que había tenido muchos hijos naturales.

Misia Socorro, algunos años mayor que Don Eloy, era una oligarca tenaz; idólatra del General Páez no podía ver á los federales ni en pintura.

María Teresa estaba acostumbrada y hasta le hacían falta aquellas acaloradas

discusiones entre mamá Socorro y Don Eloy, que se empeñaba en dividir á Páez en dos personas: el Páez de la Independencia y el Páez de las dictaduras de la oligarquía.

María Teresa había heredado de su padre aquella mansedumbre espiritual, dispuesta siempre al perdón, ajena á odios y rencores. Era un lirio de piedad nacido en un jardín cerrado á las plantas satánicas.

Era casi baja, de una estatura regular, que le daba una elegancia ligera y llena de gracia.

En sus grandes ojos negros había una quimera dormida. Eran unos ojos que hacían grandes conquistas como los grandes capitanes en los tiempos antiguos. Ojos que vistos una vez, se conservaba el recuerdo de ellos por siempre, como el de un espectáculo único y deslumbrador.

La belleza de María Teresa era una belleza llena de mil recónditos secretos.

Sus manos, su boca, todo era hecho á puro cincel mágico.

Aquellas manos de estatua, manos como poemas ó como palomas, habían sido noble tema para más de un himno en prosa, escrito por la pluma armónica de Pablo García.

Pablo había conocido desde niño á María Teresa; empezó el amor en la escuela, y ya jóvenes, aún no se habían dicho sus amores, pero ambos comprendían que se amaban.

Pablo era amigo de la casa porque sus padres lo habían sido de Don Eloy.

Pablo García para todo era valiente y audaz, pero ante aquella niña que había conocido desde la escuela, se sentía cohibido y lleno de vergüenzas, como ante una gran multitud que estuviese pendiente de su verbo de tribuno.

Pablo tenía y sentía mil extrañas cosas: de lejos, desde otras playas, le parecía amar más á María Teresa que junto á ella, que cuando estaba á su lado oyendo su voz y sus risas.

Pablo la había hecho sufrir mucho: siempre en Caracas ó en el extranjero, su

amor se componía de una larga correspondencia llena de promesas que nunca se cumplían.

Cartas de Veracruz, cartas de ciudades de Holanda, cartas de París; mil papeles que ella guardaba como si fuesen joyas preciosas.

El último viaje la había hecho sufrir mucho, le había escrito una carta de Caracas negándose á venir á despedirse de ella, y en dos años ni una línea. Pablo no la amaba, si la amase como muchas veces le había pintado su amor, ¿por qué teniendo varios días en Valencia aún no había ido á verla?

Todas las cosas de Pablo las tenía presentes: sus gustos, sus caprichos, todas sus ideas de hombre raro.

No quería que ella tocase en su piano valses nacionales; la música criolla era detestable y vulgar, propia para almas rudas y simples.

Hasta muchos valses de Strauss no le gustaba que los tocase porque se parecían

á las guachafitas musicales, llamadas valses nacionales.

Le había hecho aprender música de Wagner, que era su música favorita. Aquella música nada decía á su alma, pero era la que Pablo amaba y ella fingía ser también admiradora del sublime músico alemán.

Tristán é Isolda, le había costado un gran trabajo aprenderla, pero había que complacer á Pablo.

También recordaba sus exagerados conceptos para apreciar las cosas: nada era de su agrado, hasta su mismo nombre María Teresa le parecía chabacano; debía llamarse Friné, Mimí ó Mignon.

Con todo se encontraba inconforme, para su tierra jamás tenía un elogio: Valencia era un pueblote de burgueses y de profanos. El era un incomprendido, un espíritu que se asfixiaba en aquel ambiente rústico de cretinoides y almas vulgares.

¡Emigrar! Emigrar lejos de aquella aldea triste donde se moría de hastío.

María Teresa le escuchaba, pero no hacía mucho caso de sus ideas.

Ella creía en Pablo; con ese talento fino que da la observación constante, la mujer llega á comprender á su amado de un modo tan perfecto de que no es capaz el hombre si se tratara de la mujer.

En el fondo de su alma sabía que Pablo era un enfermo, un enfermo á quien había que curar. Para ella todas esas rarezas no eran naturales y pasarían.

Pablo no se parecía á los demás hombres, era un sér extraño formado con mil cosas distintas que había que entender de un modo especial.

—Nadie me comprende—decía muchas veces; hasta para ti soy una selva oscura.

Recordando estas cosas, María Teresa lloraba, lloraba no por sus caprichos, sino que pensaba en que su Pablo estaba en Valencia y aún no había ido á visitarla como lo hacía en todos sus regresos.



VIII

MISIA SOCORRO

De aquellos amores entre Pablo y María Teresa, la única que los sabía en la casa era misia Socorro. Don Eloy si los sabía nunca había hablado de ellos. Misia Socorro fué la que le anunció á la niña que Pablo estaba en la sala y que había venido á verla.

María Teresa corrió á arreglarse en el tocador. Con esa coquetería tan natural en la mujer, instintivamente había corrido hacia el espejo, como la cosa más natural del mundo.

Pablo esperaba en la sala. Para dis-

traerse un poco cogió el álbum de María, y como siempre, estaba igual. Sus postales, las que él le había enviado de lugares distintos. Postales con paisajes de las ciudades que había visitado y pensamientos escritos por él, en esa prosa ampulosa y cargada de imágenes que era su orgullo de estilista.

En la puerta de la sala apareció María Teresa. Estaba en toda la gloria de su juventud y de su belleza.

Pablo sintió su corazón latir aceleradamente como ante un gran peligro inevitable.

—¡Caramba! Pablo, á buena hora vienes; diez días en Valencia y ni un recuerdo para nosotros.

Pablo se disculpó de muchas maneras. Sólo tenía cinco días de haber llegado. No había querido venir á verle porque se imaginaba que ella estaría indignada con él.

Le había escrito muchas cartas que ella no había contestado y por eso había resuelto no escribirle más.

—Mentira,—decía María Teresa,—ella no había recibido ni una línea; él no había tenido para ella ni un recuerdo. María Teresa se quejaba de aquel silencio que se parecía al olvido.

Pablo, con su elocuencia, llegó á convencerla, y ella, acostumbrada á perdonar siempre, terminó por serenarse y olvidó en absoluto aquel silencio de dos años que la habían hecho enflaquecer y desmejorarse.

Misia Socorro estaba allí, era la que hacía de madre á falta de la muerta. Vigilaba á María Teresa y estaba siempre en la sala cuando habían visitas.

Se dijeron mil cosas; ahora Pablo estaba dispuesto á tener fundamento. Estaría siempre á su lado, no se ausentaría más. Las pobres tías se estaban poniendo viejas y había que ver por ellas.

Todas estas resoluciones llenaban de alegría á María Teresa, que amaba á Pablo con todo el fuego de su alma, sedienta de afectos.

Las Gómez la habían invitado á una

parranda á «Las Manzanas», mamá Socorro iría con ella porque ya papaíto le había dado permiso.

Pablo también se alegraba por aquella fiesta de campo; anhelaba estar junto á su novia todo un día, hablarle de sus tristezas, de sus esperanzas, de su novela, de todos los mil planes y proyectos que tenía siempre en su cerebro y que jamás realizaba.

—Las Gómez eran muy buenas,—decía Pablo,—muy sencillas y poco fatuas; muy distintas á las Castillo, que eran vulgares y con humos de un mantuanismo archiridículo.

—Esas Castillo lo mismo que las Rodríguez no me gustan,—decía misia Socorro,—sobre todo las Rodríguez, que habían tenido todas ellas los novios por docena.

—Verdaderamente,—decía Pablo,—y lo peor es que se las dan de aristocracia y son unas zambas como muchas de Valencia.

—Las Melián por ejemplo, eran las primeras que invitaban para los bailes del Club y eran unas negras cualesquiera.

—¿Y á esa fiesta van las Castillo?,— preguntó misia Socorro indignada.

—Creo que sí,—respondió María Teresa;—nosotras vamos con las Gómez y nada tenemos que ver con las otras que vayan.

—¿Y por qué las Gómez invitan á esa gente?,—decía misia Socorro.—Las Gómez también tenían la culpa, aquel viejo Gómez no sabía sino hablar pestes de los godos. ¡Los godos! los hombres honrados, debía decir más bien. Los godos jamás se enriquecieron en unos meses en la administración de una aduana. Los federales todos eran iguales. La bandera amarilla escudaba todas esas cosas.

En los tiempos mejores, cuando habían verdaderos gobiernos serios en Venezuela, no habían robos ni vagabunderías.

...Y misia Socorro se entusiasmaba más y más diciendo horrores de los federales, y hablando de Páez lo proclamaba el más santo de los hombres que había tenido la República.



IX

LA FIESTA

ERA FRIA aquella madrugada de Enero, en la cual se reunían en casa de las Gómez los invitados para la romería al campo.

Habían llegado á la casa la mayor parte de los que irían á la fiesta de «Las Manzanas»; todos estaban allí, en el corredor, esperando á los retrasados que tardaban en llegar.

En el portón de la casa, estaban las carretas llenas de paja donde irían las mujeres, preparadas de antemano para mayor comodidad de las niñas. Los hom-

bres irían á caballo trotando al lado de las carretas por el camino polvoso y lleno de silencios.

Allí estaba Carlos Soto, despojado de su corbata gigantesca y de su altísimo cuello imposible; vestía blusa blanca de dril, y zapatos humanos muy distintos de sus botas favoritas de grandes tacones agudos como puñales de homicidio.

También estaba Luis Romero, sin su traje peculiar; no tenía el chaleco negro alto, cerrado hasta el cuello, ni los pantalones estrechos que delataban las formas carnales de sus piernas torneadas de esteta; vestía también de blusa y llevaba un sombrero de anchas alas.

Había llegado Pablo García con misia Socorro y María Teresa. Pablo, sin los arreos del bulevar, vestía una ropa holgada que le daba un aspecto de hombre serio y nada raro.

Estaban también Díaz Camacho, las Pérez y las Rodríguez.

Las niñas todas estaban muy bonitas con sus sencillos trajes de campo: con

sombreros de paja de Italia con rosas rojas artificiales y sostenidos de la barba por anchas cintas azules.

El señor Gómez dió la voz de marcha. Todos se pusieron en movimiento; las niñas recogían líos, paquetes y mil cosas indispensables.

Los hombres se posesionaban de sus cabalgaduras, en medio de una algazara de risas femeninas.

Las carretas se pusieron en marcha escoltadas por los caballeros, que iban de ambos lados, como custodiándolas de algún peligro.

Las bestias en que montaban Romero, Soto y Pablo García eran bestias mansas acostumbradas al peso del hombre; tenían que ser así, pues todos eran malos jinetes, no familiarizados con el brío de corceles indómitos.

Sólo Díaz Camacho y dos de sus amigos montaban bestias fogosas y nuevas; Díaz Camacho era un gran jinete, herencia de sus llanuras y de sus abuelos cen-

tauros, lanceros invencibles de las caballerías de la Independencia.

Las carretas marchaban casi al trote; llegando junto al camposanto viejo, las mujeres tuvieron miedo y se tapaban la cara con las manos. Aquella fué una bella oportunidad para que misia Socorro y el señor Gómez, echaran un párrafo sobre el cólera que desoló á Valencia en otros tiempos y cuyos túmulos aislados estaban detrás del cementerio como blancos centinelas del pasado remoto y muerto.

Llegando á Tocuyito empezó á amanecer: el sol aparecía detrás de un mar de sangre como el ojo de un monstruo del apocalipsis.

Sus rayos poderosos bañaban de fulgores la amplia sabana taraceada de gotas de rocío.

En las empalizadas de ambos lados del camino, cantaban entusiasmados las paraulatas y los azulejos, que celebraban la aparición del sol.

Ahora se veían todas las cosas: las niñas de las carretas, las casuchas de paja

del camino, la inmensa sabana interminable que se borraba en el horizonte como el mar.

La carreta donde iban las Gómez con María Teresa y misia Socorro, era la más animada, estaba custodiada por Díaz Camacho porque allí iba su Laura, por Pablo García y un amigo de las Pérez.

Soto, Romero y los amigos de Díaz Camacho custodiaban la otra carreta.

Las carretas llenas de femeniles músicas, atravesaron el pueblo de Tocuyito en medio de la admiración de los campesinos, que veían con ojos de asombro aquel cortejo entusiasta que iba de fiesta.

Muy cerca de Barreras, á poca distancia de «Las Manzanas», el sol estaba alto y empezó á sembrar púrpura en la débil piel de las niñas. El señor Gómez se disculpaba, creía que las carretas no necesitarían de toldo, por calcular la llegada á la finca muy de mañana.

Desde una altura se divisaba la histórica sabana de Carabobo como una gran pista amarilla.

Díaz Camacho la señalaba con un entusiasmo y un gesto trágico de creyente. Como la casa estaba cerca de aquella llanura gloriosa, irían allí á una excursión patriótica.

Pablo García se reía interiormente de aquellas cursilerías patrióticas del ideal de Laura Gómez.

A la llegada á la vieja casa de amplios corredores, se sirvió el desayuno. Un desayuno abundante como para gente que traía hambre por haber madrugado.

Las arepas redondas é infladas, hechas de maíz nuevo, estaban en una gran fuente; había plátanos asados, mantequilla blanca del país, carne de cerdo y café con leche en grandes jarras de peltre.

Todos comieron con apetito, hasta Luis Romero, algo dispéptico, comió pan de maíz como un campesino glotón.

Las Pérez querían bailar esa misma mañana; recordaban otra parranda idéntica que tuvieron en San Diego y donde gozaron mucho.

—Habían hecho muy bien las Castillo

en no venir—decía una señorita Pérez que era bajita, delgada y rubia como una muñeca de ferretería;—las Castillo eran muy dengosas y sus novios no las dejaban ir á ninguna parte. Unos patiquines que no salían del sueldito de dependientes, esclavizados siempre, y sin aspiraciones.

A las cuatro de la tarde, todos á pie se dirigieron á la sabana de Carabobo, que estaba cerca y que se veía desde la puerta de la casa.

Era una excursión ideada por Díaz Camacho y los suyos, pues sentían veneración por aquella llanura gloriosa donde se selló la Independencia de latino-América.

Pablo García, Romero y Soto, de mal modo, al fin convinieron en dar aquel paseo á la sabana por ir de brazo con las muchachas y no por entusiasmo patriótico ni por curiosidad histórica.

Por el camino iban cada una del brazo de su novio, y detrás los viejos resguardaban y charlaban también alegremente.

Al llegar á una altura de la llanura

célebre, Díaz Camacho se entusiasmó; ahí estaba el palo llamado de Bolívar, una asta blanca clavada en la tierra que marcaba el heroico recuerdo histórico.

Aquellas eran las llanuras de la libertad americana. Ahí nuestros primeros padres que amaron la Patria, habían librado el gran combate definitivo. Aquella tierra estaba empapada en sangre de héroes. Había que amar aquella tierra bautizada con la sangre de nuestros abuelos que creyeron en la Patria y la amaron libre y sagrada.

Pablo García se reunió con Díaz Camacho y sus amigos. El no pensaba igual, hacía mal en tomar la patria en serio, como decía Carlos Soto. La patria era una mentira como otra cualquiera.

Díaz Camacho se llenó de cólera y empezó á hablar en alta voz como si arengara á una gran multitud.

La Patria no era grande y próspera, porque los llamados á engrandecerla la abandonaban para irse detrás de quimeras y vanidades inalcanzables.

Los gritos de Díaz Camacho hicieron reunir en un solo grupo á todos los excursionistas.

Luis Romero y Carlos Soto tomaron también parte en la discusión. Carlos Soto, aquel simbolista en arte, que sabía la vida de todos los literatos modernos de Francia, que podía describir la taberna escandinava donde el viejo Ibsen tomaba su cerveza predilecta, no sabía con seguridad en qué año se había dado la Batalla de Carabobo.

Díaz Camacho se indignó por aquella falta. La juventud intelectual no sabía historia patria, era el origen de todas las calamidades, conocían mejor las leyendas satánicas de los decadentes de París que la historia grande y épica de la propia raza.

—El ideal de los evangelistas y de los grandes pensadores contemporáneos era el cosmopolitismo. La gran patria universal de todos y para todos,—decía Luis Romero.

—Sí,—contestó Díaz Camacho,—pero

mientras llegaba esa patria remotísima, esa utopía simbólica, había que tener una, y amarla luchando por su mejoramiento.

Mientras llegaba esa Jerusalem de los ideólogos, había que tener una patria, la patria donde se nace, donde duermen nuestros padres el sueño eterno de los siglos.

—Esa misma Francia que ustedes admiran deslumbrados, es grande por el inmenso patriotismo de los franceses, que amándola mucho le han impuesto al mundo que la ame también.

—Y total qué?—decía Soto,—Venezuela es para los sargentones que se imponen en las matanzas de las guerras civiles.

—Pues en eso estamos,—contestó Díaz Camacho,—se imponen porque los pensadores y los hombres de talento la abandonan á la suerte de los generales fratricidas. Si en vez de irse lejos en peregrinación bohémica por otros climas, á plantar tiendas frágiles de un día, el intelectual venezolano se quedase en su propio terruño laborando con amor por la patria, la

República avanzaría como una vela inflada por un viento favorable.

—A última hora el intelectual se haría también general y caudillo, y todos nuestros dolores quedarían conjurados.

—Hay que amar la Patria propia con un amor sin límites; si era chica entonces con más amor; si era defectuosa y llena de calamidades, pues á luchar con fe por su redención como hicieron nuestros abuelos libertadores que lucharon contra todas las calamidades.

Aquella prédica de Díaz Camacho la decía con todo el entusiasmo de su alma patriótica. En sus ojos había todo el fuego sagrado de sus abuelos; aquel fuego entusiasta y solemne de las Queseras del Medio.

Atavismos de sus abuelos lanceros, rudos y llenos de amor por la Patria encadenada, camino de la victoria bajo las órdenes de José Antonio Páez el de la Mata de la Miel.

El crepúsculo caía apacible sobre la

llanura gloriosa donde vagaban las sombras de nuestros padres fuertes.

Díaz Camacho arrancó un puñado de tierra dura y amarilla de la sabana, y señalándola á su público dijo solemnemente:

—¡Faltan brazos que te cultiven y liras que te canten, tierra bañada en noble sangre de héroes que te amaron y se inmolaron por tu libertad!

....

Las mujeres habían oído aquella filípica sin decir nada; sólo Laura veía transfigurado y sublime á Díaz Camacho como á un antiguo apóstol lleno de cólera y de fe que predicara la buena nueva para un mundo corrompido é incrédulo.



X

LA CAZA

El recuerdo de aquella fiesta de campo; de aquella romería á «Las Manzanas», fué por muchos días tema para narraciones entre los amigos de Díaz Camacho y Pablo García.

A Pablo la placidez del campo lo había conquistado. La quietud de la naturaleza, llena de eternos prodigios al lado de su amada, dejó en su corazón un perfume perdurable como de magnolias en capullo.

Por eso, de muy buen agrado había aceptado la invitación de Vicente Núñez

á la cacería del próximo domingo, donde se proponía gozar mucho en el campo.

Núñez era un cazador entusiasta; todos los domingos de su vida los había pasado fuera de Valencia en su faena predilecta. Era como un vicio que con el tiempo lo conquistaba más y más.

Núñez era un gran admirador de Pablo García; para él el catire era el literato y el pensador de más talento de la juventud; muchos de sus artículos no los entendía del todo: aquella palabrería exótica, aquella eterna manía de las brumas y de los parajes remotos no decían nada á su espíritu sencillo; pero el catire había escrito también cosas muy bellas que él las sabía de memoria y las recitaba siempre.

Núñez sabía que el catire no acertaría un tiro; pero era una honra para él y sus compañeros que Pablo fuese á su cacería.

Muy de mañana, cuando aún no se veían las cosas, salieron de Valencia con sus escopetas y sus perros.

Era una cacería cercana. Para las

grandes cacerías salían siempre los sábados en la tarde, esas lejanas eran las mejores: las de Maruria, las de Guataparo; esta vez no irían sino hasta el Paíto.

Habían ocupado sus puestos de vigilancia, y ya el perrero había soltado la jauría que empezó á oler la tierra y á buscar á sus víctimas.

En aquella mata siempre habían encontrado qué tirar. Núñez recordaba un episodio de caza: ahí se le había ido una venada con dos tiros en la tabla del pescuezo; siguió por mucho tiempo la huella ensangrentada de la venada, pero todo fué en vano, la hembra herida había ido á morir muy lejos de aquella mata...

Los perros ladraban con una monotonía desesperante; todos los cazadores en sus puntos estaban atentos y con la escopeta dispuesta para disparar, les parecía que se les pasaba el venado con la rapidez de aquella raza hábil para huir de los hombres que la perseguían.

Estaban atentos y con esa impaciencia nerviosa del cazador de reputación que

no quiere errar un tiro por no desprestigiarse.

Se oyeron varios disparos; por el punto de Pablo había pasado con una pasmosa rapidez una sombra amarilla que casi volaba como un pájaro; Pablo apuntó al bulto y disparó; la sombra amarilla continuaba su carrera prodigiosa: entonces volvió á disparar el otro tiro de su escopeta.

Los disparos continuaron oyéndose como fuego graneado de guerrillas facciosas; una voz que dominó el vasto silencio gritó al fin: ya está... ya está...

Todos abandonaron sus puestos y concurrieron al lugar de donde venían las voces: ahí estaba la víctima caída en tierra con muchas heridas y con los ojos suplicantes.

Cada cual reclamaba su tiro, todos y cada uno se atribuían la herida mortal que era la de la cabeza; hasta Pablo sintió vanidades de cazador y se imaginaba que él era el que había acertado.

La víctima estaba ahí; ensangrentada

y vencida; los perros la olían con voluptuosidad. No era la víctima un precioso ejemplar; era un matacán de piel suave, con los ojos tristes, llenos de esa tristeza máxima que pone la muerte en los ojos de los animales, que parece una súplica llena de dolientes reproches.

Se pensó en echar los perros en otra mata, distante un cuarto de legua de aquel punto. Pablo no quiso ir, él esperaría en la quebrada, bajo la sombra de los samanes, el regreso de sus compañeros.

Pablo se quedó solo bajo un árbol centenario que decía el poderoso vigor de su tierra virginal y fecunda.

Desde aquel punto se dominaba la sabana y se veían las montañas lejanas y azules.

Todo hablaba de la savia de la tierra virgen: en los bucares los pájaros cantaban sus idilios bañando de músicas la soledad.

Pablo pensaba en sus amores; los ojos de María Teresa tenían melodías secretas

como el trino de los turpiales y de las paraulatas inquietas, que cantaban en la cúspide de los samanes centenarios sus sanas alegrías.

Aquella flora robusta de la tierra natal, que Díaz Camacho estudiaba, tenía perfumes y riquezas incomparables...

El olor del mastranto bañaba en cascadas balsámicas todas las orillas de la quebrada, que iba cantando sus secretos en su lengua de agua apacible, sobre las piedras y la tierra roja, cual una armonía que peregrinase en los lomos del viento. Aquella quebrada, como los pájaros también cantaba.

En aquellas montañas lejanas y azules dormían los mármoles ignorados, en espera de la mano reveladora que los presentase á la luz.

Ahí también habían canteras como las hubo en Grecia. Blancos mármoles sagrados como los del Pentélico en espera de los Fidias criollos que les dieran la vida eterna de la estatua.

En aquellas llanuras y en aquella que-

brada, dormía también la greda dúctil y maleable, que esperaba la voluntad del artista febril que modelara en ella todos los caprichos de la plástica.

Todo dormía un largo sueño de abandono en aquella tierra fecunda de eternas primaveras.

En los crepúsculos, cuando el sol moría en su lecho de amapolas, los arrendajos en su lenguaje musical le hacían la propaganda radiosa á todas aquellas bellezas dormidas y recónditas.

Pablo veía la llanura de donde había partido el mugido de una vaca de grandes ubres; el becerro á su lado la inquietaba con su nerviosidad de bicho joven lleno de deseos.

Aquella vaca, como la tierra, tenía inmensas ubres para alimentar á todos sus hijos.

A sus rojos pezones podían acercarse los labios sedientos y necesitados. Aquellas ubres pletóricas de jugo alimentarían á toda una legión de desheredados y enfermos...

Fué por la noche cuando Pablo con sus amigos regresó á la ciudad.

El cielo estaba riquísimo de estrellas, cual un tapete verde donde hubiesen muchas monedas de oro dispersas después de una riña de tahures: así aquel cielo espléndido de donde bajaba una paz de égloga llena de misteriosa poesía.

La tierra venezolana bajo el oro de las estrellas, era como un vastísimo imperio dormido.

Dormía ese sueño larguísimo y fatal del que en no lejano día despertaría para vivir la vida grande y sublime de la vieja Grecia de Pericles.



XI

EL PERIODICO

Carlos Soto y Luis Romero fundaron en Valencia un trisemanario político para cooperar en la idea reformista. Se trataba de hacer trece estados en vez de los veintiuno del antiguo régimen.

El periódico apareció á fines de Enero. Escrito en esa prosa extraña, cargada de imágenes y de sonoridades musicales, era el periódico político de los intelectuales modernos, hoja ligera llena de bellas frases y de poca médula mental.

Para no confundirlo con las hojas de

los demás periodistas mediocres y anodinos, el periódico se llamaba *Baudelaire,* nombre que despertaba en el alma de sus redactores el recuerdo del enfermo soñador francés de los «paraísos artificiales» y de «las flores del mal».

Baudelaire era un heraldo reformista. Un trisemanario lleno de críticas y de himnos. En prosa exquisita y genial se le decían cosas crueles á los enemigos de las reformas.

En la redacción de *Baudelaire* se reunía todo el cenáculo intelectual, de mañana y tarde.

En esas tertulias se hacían epigramas sangrientos, y se hablaba mal de la humanidad entera.

Pablo García decía no tomar parte en la redacción del periódico; pero su prosa lo vendía. La mayor parte de aquellos artículos políticos, llenos de una ironía sin misericordia, eran obra de su pluma.

Era presidente del Círculo Reformista, y gran propagandista de aquellas ideas.

Pablo ya se estaba fastidiando en Valencia, aquella aldea montaraz lo ahogaba. Había que emigrar de nuevo.

También Romero y Soto pensaban igualmente abandonar la parroquia como ellos le decían.

Todos los intelectuales deseaban emigrar. Aquella no era tierra de artistas sino de generales.

El artista tenía que emigrar de aquellas sucias democracias donde perecería sin remedio.

Los intelectuales de Caracas también pensaban como ellos. Luis Romero tenía una carta de un intelectual de la capital, que no veía las santas horas de abandonar aquel corralón infesto.

Toda la gente nueva, toda una generación venezolana con talento y entusiasmo sólo deseaba emigrar.

Había que ir á Atenas á vivir la vida del arte. La América toda era un gran mercado donde el dios de los alados pies imperaba solo.

Aquella era como una fiebre que hacía

temblar de entusiasmo á una juventud luchadora.

...Y París con todos sus mágicos prestigios cual una Babilonia de oro y mármol, deslumbraba las pupilas absortas.

....

Si las ideas reformistas triunfaban, todos se irían de Venezuela.

Sólo un imbécil como Díaz Camacho y cuatro mentecatos como él, anunciaban la aurora de un arte nacional que se impondría á todos como una verdad eterna.

Sólo aquel llanero patriotero y fanático se empeñaba en quedarse solo para fundar la patria fuerte del porvenir.

Aquel doctorcito nervioso se había atrevido á llamarles desarraigados en *El Estudiante*, un periódico escrito en prosa corriente como las novelas por entregas.

—Había hecho mal en estudiar seis años en la Universidad,—decía Romero.—Para curar calenturas palúdicas en El Tinaco, con sólo decir quinina era bastante.

La monotonía de Valencia desesperaba

á la redacción de *Baudelaire;* si no fuese por las novias en las noches, la murria los aplastaría como una lápida de plomo.

Por la noche se reunían en la Plaza Bolívar y allí charlaban alegremente. Casi nunca iban al Club porque á Carlos Soto le hacía mucho daño la charla de la canalla de frac.

Pablo García asistía poco á las tertulias de la Plaza, pasaba las primeras horas de la noche con María Teresa, que día por día amaba más á aquel novio bohemio que se quedaría en Valencia definitivamente. María Teresa se equivocaba, Pablo ya empezaba á morirse de hastío en la parroquia; aquel entusiasmo reformista era para alejarse de nuevo de la patria al triunfar las reformas nacionales.

Anhelaba irse de aquel ambiente patanesco donde no vivían sino los burgueses ventrudos y reilones como Sancho Panza.

Las tías de Pablo, siempre amorosas y

siempre buenas, dispuestas á sacrificarse á cualquiera hora por el sobrino genial, aplaudían sus ideas, y nada más.

Nadie quería quedarse en la tierruca; todos la abandonaban porque ella no era para el arte. El arte estaba muy lejos de ella... muy lejos!

El arte no podía florecer en ella por ser pobre y vulgar.

La tierra para el arte eran las grandes patrias donde había viejos mármoles griegos, trabajados por los genios de Atenas.

La pobre tierruca se quedaba sola; ella no se llamaba Lutecia, ni tenía ciudades inmensas donde la civilización florecía como una primavera.

La tierruca no era noble para los temas del arte. Allá donde cantaban los ruiseñores y reían las grisetas, se iban sus hijos llenos de alegría y de amor. A ella no la podían amar, era demasiado tosca y no podía ser amada por los grandes artistas.

Todos la abandonaban, todos la dese-

chaban; la tierruca se quedaba sola. Sus hijos, en vez de amarla y de engrandecerla, la abandonaban por vulgar y monótona.

La tierruca se quedaba sola...!



XII

EL VIAJE

Las reformas triunfaron. Pablo García había conseguido un consulado. Soto y Romero seguían luchando en *Baudelaire* y también conseguirían cargos análogos con el ideal de emigrar de aquella Tartaria.

Pablo, al principio alegre por aquella victoria, empezó á tener cierta tristeza en su afán de viajar siempre.

Todos sus amigos lo felicitaban; aquellos intelectuales que tenían en los labios frases de encomio, en el fondo todos lo

envidiaban: como él, deseaban emigrar, lejos de aquel medio chocante.

La noticia del consulado desesperó á María Teresa; ahora estaba convencida de que Pablo era incurable; en un mar de lágrimas la encontró Don Eloy. Al imponerse del asunto, prometió á la hija llamar á Pablo y tomarle cuenta de su conducta.

Pablo se marcharía á fines de marzo. En Puerto Cabello tomaría el trasatlántico qne lo llevaría á Marsella.

En esta vez, Pablo no dejaba á Valencia llena el alma de alegrías como otras veces. Las lágrimas de María Teresa lo habían llenado de miedo. Empezaba á comprender que lo que hacía era inicuo.

Sus tías estaban muy contentas con el viaje; pero su conciencia le gritaba que hacía muy mal en abandonarlas; las sacrificaba á su egoísmo. La tía Rafaela estaba vieja; la misma tía Julia, que era la más joven, ya su cabello se negaba á ser negro.

Aquellas almas angélicas, llenas de

amor para el sobrino, que se habían sacrificado por él, que habían trabajado para que él gozase, las abandonaba en su vejez.

Pablo empezaba á sentir remordimientos por aquellas iniquidades.

Preocupado por todas estas contrariedades, llegó á su casa pensando en cosas lúgubres. La tía Julia le dió un recado de Don Eloy. El viejo quería hablar con él esa misma noche. Lo esperaba en su casa sin falta.

Pablo pensó en muchas cosas tristes; Don Eloy le iría á hablar probablemente de sus amores. Jamás le había dicho nada, pero en esta vez él estaba seguro de que le hablaría. Pablo esa noche concurrió á la cita.

En la sala estaba María Teresa llorosa y enferma al lado de misia Socorro y Don Eloy. Pablo sintió al ver esta escena, como si una espina se le clavara en el corazón, desgarrándoselo.

—Pablo, tenemos que hablar, dijo aquel viejo lleno de mansedumbre. Nunca te

había hablado de este asunto; pero la vida de mi hija me lo impone.

—Haces muy mal Pablo, en alejarte de la Patria dejando á los que te aman en el abandono y la tristeza.

—¿Por qué te vas teniéndolo todo en tu propia tierra? Aquí están tus afectos y el amor de tus mayores. Sin amor y sin familia la vida es imposible; el hombre no podía llevar por mucho tiempo esa vida nómade llena de dolores.

Pablo callaba, Don Eloy tenía razón; aquel viejo honrado y lleno de merecimientos, jamás le había tomado cuenta de sus actos, y hoy lo hacía por la salud de su hija.

Aquel anciano tenía razón...

Un orgullo salvaje, un egoísmo despótico se levantó en su pecho cuando Don Eloy habló de matrimonio. Querían cortarle sus alas; aquel viejo quería casar la hija lo más pronto.

Con ese egoísmo propio de las almas despóticas que sólo viven para sí, Pablo dió por terminadas aquellas relaciones.

Querían sepultar sus sueños de artista; él antes que nada era artista y los artistas viven lejos de los ambientes mezquinos.

—Terminadas para siempre, Pablo,— dijo Don Eloy con un gesto solemne.

Cuando Pablo salió de la casa de su amada, oyó gritos y lloros. Aquellos tres seres piadosos y buenos lloraban juntos la locura de Pablo.

La víspera de su partida, Pablo recorrió en coche la ciudad con sus amigos; dió el paseo de despedida á la parroquia, que abandonaba otra vez.

Fué un paseo lleno de gritos como de colegiales en libertad. Aquel último paseo que era una despedida, fué triste para Pablo. Él aparentaba una alegría ruidosa, pero en esta vez dejaba á su ciudad sin la alegría de otras veces.

Su alma, despojada del humo de las vanidades y de las falsedades, empezaba á ver claridades desconocidas.

Aquella despedida á Valencia fué melancólica para su corazón de romero insaciable.

Luis Romero y la tía Julia irían con él hasta Puerto Cabello para despedirlo en el muelle.

A las tres de la tarde, el ferrocarril se puso en camino, llevándose á los viajeros que se marchaban.

La tierruca se quedaba sola.



XIII

EN EL MAR

En Puerto Cabello, los jóvenes de la *Revista Nueva* hicieron á Pablo un recibimiento entusiasta, que llenó de orgullo á la tía Julia.

En la estación del ferrocarril lo abrazaron y lo elogiaron como á un vencedor. Los jóvenes de talento de aquel puerto también querían emigrar. Pablo era feliz para ellos; aquel joven intelectual era imitado y emulado. Todos querían ser cónsules para vivir lejos de aquella tierra estéril. Un joven escritor de aquella

ciudad de manglares y gente tosca, también se había marchado pocos días antes hastiado de aquel pueblo profano y burdo.

El cónsul de Venezuela en Marsella se desprendió del brazo de sus amigos, compañeros y mentales como él, que lo envidiaban y lo admiraban. Subió la escalerilla del vapor que se balanceaba como un cable. Luis Romero le encargaba libros, todos los libros de arte que aparecieran en Francia...

Tres roncos gritos profundos y una columna de humo negro como otro buque aéreo, voló por el cielo azul hacia el infinito horizonte.

El buque se puso en marcha; antes de dar la vuelta al Castillo, Pablo vió hacia el muelle: muchos pañuelos blancos como palomas prisioneras se agitaban despidiéndolo.

Vió también á la tía Julia llorosa; el viento jugaba con sus cabellos y Pablo distinguió un mechón blanco sobre su frente como una protesta augusta,

Aquel último detalle de la tía Julia, ya anciana, acabó de colmar su corazón lleno de angustias.

Pablo pensó en todas las cosas extrañas que le sucedían; estaba tristísimo. El piano de á bordo, tocado por una dama chilena que iba á Francia, decía una música rara que Pablo reconoció: era música de Wagner.

Con lágrimas en sus ojos, lleno de un estupor de insecto ante el inmenso gigante azul, lloró las lágrimas más ingenuas de su vida, pensando en la abandonada, en María Teresa, que á esa hora como él lloraría también su soledad.

Se había convencido al fin; era un egoísta y un loco, había sacrificado aquella alma crédula por su gran vanidad de artista.

Y el arte, ¿qué era el arte? ¿Para qué servía el arte?

Ante el recuerdo de María Teresa, su alma se bañaba en una blanca luz de justicia.

Recordó la última escena de su despedida: aquel rompimiento brusco que no

era sincero; pero que mataba como un tósigo.

A Don Eloy lleno de mansedumbre y de majestad. «Terminadas para siempre, Pablo»...

La había perdido; la única verdad de su vida, la había abandonado por una quimera. Aquel amor de su infancia, aquella niña bella como su alma crédula era su víctima.

¿Y sus tías? Aquellas santas mujeres que habían consumido sus vidas como antorchas para iluminarle el camino de la existencia. Aquellas mujeres misericordiosas que no habían vivido sino para él, las abandonaba en la hora suprema; en la vejez, cuando necesitaban el brazo joven y fuerte que las sostuviese mientras llegaba la hora de dormir para siempre.

El recuerdo de aquel mechón blanco que el viento agitaba en la frente de la tía Julia lo desesperaba; era un egoísta y un ingrato que sólo vivía para sí.

Marchaba hacia el país del arte, otra gran mentira; él mismo no podía enga-

ñarse; aquel París prodigioso y lleno de bellezas tampoco era la patria del arte. Era la patria del arte para los franceses solamente. El literato francés siente un desprecio infinito por las cosas extranjeras. Para ellos todo muere fuera de Francia; eran los patriotas por excelencia.

Pablo pensó en Díaz Camacho: aquél era el único que tenía razón.

Lo recordaba, magnífico de entusiasmo predicando su doctrina; era el apóstol de la patria, fuerte por el amor inmenso de todos sus hijos.

Pablo recordó una mañana de invierno en París, en que en unión de un intelectual de Centro América visitaron á un notable poeta francés, aclamado genio de Francia por su último drama patriótico; aquel hombre lleno de vanidad y de desdén ignoraba todas las cosas de América; Francia era el cerebro del universo, lo demás para él no existía.

Pensaba en la vida que llevaban en París los intelectuales americanos de más fama; todos ellos vivían de los públicos

de sus respectivas patrias. Los argentinos de un gran diario de Buenos Aires, los venezolanos de las revistas de Caracas.

París, ni los literatos de París los conocían ni sabían de ellos ni de sus vidas, completamente anónimas.

Era una vida angustiosa, una verdadera odisea llena de fatalidades, la que hacían en la ciudad, luz del universo, aquellos desarraigados.

Había que amar la patria propia y vivir y pensar en ella. Todo lo demás era mentira.

Él, como todos esos literatos extranjeros en París y en toda Europa, era un desarraigado y un vencido.

Fuera de la patria todo esfuerzo era estéril. La doctrina de *El Estudiante* era el evangelio: los árboles trasplantados á los invernaderos lejanos, sólo daban frutos enfermizos y exangües.

Había que amar la patria; aquellos descarriados como él, Soto, Romero y todos los demás jóvenes intelectuales de su patria, eran unos ilusos, inútiles y enfer-

mos, desarraigados en sus propios medios por aquel afán constante de emigrar.

La patria no era bella y fuerte porque los llamados á engrandecerla la abandonaban ó no la amaban lo bastante para hacerla grande y respetada.

Toda la intelectualidad joven de su patria quería emigrar; era una enfermedad extendida como una epidemia. Una morbosidad fatal que la patria lloraba.

Él había contribuído indirectamente á propagar aquella enfermedad en la legión nueva y vigorosa de su Patria.

Sus crónicas, sus artículos, sus revistas y sus cuentos eran una invitación tácita á abandonar la tierra nativa por vulgar é impropia para el arte.

Él mismo en sus conversaciones les decía mil mentiras á aquella juventud crédula y soñadora. Les hablaba de un París, patria del arte universal; aquello era una poderosa influencia para despertar en sus almas el afán de abandonar la nativa tierra para ir á ese oasis milagroso, centro del arte y orgullo del universo.

Ya se imaginaba anticipadamente su vida en Francia: la soledad y el frío en su habitación de la casa de huéspedes. Aquella indiferencia gélida como un témpano, de todos los seres que le rodeaban; sin familia, sin amores, y sin un amor altísimo é ingenuo que le dulcificara la vida.

El recuerdo de María Teresa volvió á torturarle de un modo horrible: ahora de todo corazón regresaría á su terruño. Lo amaba como nunca, con un amor jamás sentido.

Ahora sí amaba lealmente á la Patria con todo el fuego de su corazón angustiado.

Se imaginaba á Díaz Camacho casado con Laura Gómez, dándole hijos á la Patria, patriotas y laboriosos como él.

Evocaba aquel gesto trágico del evangelista, señalándole un puñado de tierra de la sabana gloriosa, llenos los ojos del fuego sagrado de sus abuelos Libertadores: ¡Faltan brazos que te cultiven y liras que te canten, tierra bañada en noble sangre

de héroes que te amaron y se inmolaron por tu libertad!

Él quería besar aquel puñado de tierra que había arrancado de la sabana la mano del apóstol; pero ahora era imposible, estaba muy lejos de la pobre tierruca abandonada.

FIN

INDICE

HABANA
IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL
30, AMARGURA 30
1906



